

SEMINARIO DE LETRAS

LEYENDO LA ILIADA EN CLASE.

Para atraer el interés hacia el estudio de la Literatura Antigua, es necesario llevar al alumno a los propios textos, a la lectura de los clásicos. Sin esa lectura las ideas se van dispersando y sólo quedan algunos nombres con los que fácilmente se juega, pero que no sirven para apreciar el bagaje cultural del pasado. Oriente, Grecia, Roma han sido salvadas en parte por la acción humanista y por los estudios arqueológicos y sociológicos del siglo pasado, y es imprescindible que el hombre siglo XX encuentre allá, en épocas al parecer tan lejanas, huellas de su actual conocimiento.

Por eso en las clases de Literatura Antigua se ha tratado de mostrar sugerentes aspectos inscripcionesales y sobre todo los textos poéticos de Grecia, creadora de todos los géneros. Y así con respecto a la "ILIADA", hemos recogido las impresiones que su lectura ha dejado—sobre algún capítulo saltante—en el alumno. De esas impresiones se transcribimos tres de sugestiva importancia y de marcado gusto literario.

A. T. V.

LA ILIADA.

Canto I

Cuatro motivos principales integran el asunto de esta rapsodia inicial de la Ilíada. En el primero, Crises, viejo sacerdote de Apolo, presentándose con cuantioso rescate bajo la protección de este dios flechador, pide al Atrida Agamenón la redención de su hija

Criseida, "la de hermosas mejillas", tenida en rehenes por el rey de los aqueos. Pero el anciano Crises, pese a la aprobación unánime que sus ruegos merecen a los aqueos, sólo obtiene la negativa y las amenazas del Atrida. El segundo trata del altercado y las encontradas razones promovidas entre Agamenón y Aquiles, por haber mediado este último en apoyo de las súplicas de Crises. Narra el tercero, por un lado, los airados sentimientos y la cólera de Aquiles, a quien Agamenón ha despojado de su favorita, en sustitución de la doncella que el Atrida se ve forzado a devolver a su padre; y por otro lado, la invocación de Aquiles a su madre, la diosa Tetis, quien, a su vez, promete a su hijo apelar a Júpiter, el dios más alto y poderoso del Olimpo, a fin de que Aquiles quede vengado de la humillación y del ultraje. Y en el tercero y último, se describe la petición de Tesis a Júpiter y la querrela que tal entrevista ocasiona al dios con su esposa la diosa Juno, quien los ha sorprendido departiendo en el Olimpo.

A lo largo de la rapsodia, el poeta narra, con la belleza y la magnificencia con que sólo él pudo hacerlo, las distintas fases de este conflicto en que los participantes arguyen entre ellos y aún apelan al valimiento que tienen con los dioses, moviendo tierra y cielo y promoviendo alboroto entre los dioses para conseguir cada uno su propósito. Así Crises, el ultrajado sacerdote, logra que el flechador Apolo desencadene la peste entre los aqueos, disparando sobre ellos mortíferas saetas, que sólo cesan cuando Ulises, por encargo del Atrida Agamenón, devuelve la doncella al anciano Crises y éste quema en honor del dios pingüe hecatombe.

Tales son las palabras con que el sacerdote se dirige al dios: "¡Oyeme tú que llevas arco de plata, protejes a Crisa y a la diosa Cila e imperas en Tenedos poderosamente! Si alguna vez adorné tu gracioso templo o quemé en tu honor pingües muslos de toro o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los dánaos mis lágrimas con tus flechas!"

Aquiles, por su parte, con íntimo y contenido coraje, aplacado por la voz de Minerva y las palabras conciliadoras del ponderado Néstor, invoca ante el espumoso mar la intercesión de su madre que acude solícita a sus ruegos. El diálogo entre Aquiles y la diosa es una admirable sinópsis de toda la rapsodia:

"¡Hijo! ¿Por qué lloras?—interroga Tetis— ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos".

Dando un profundo suspiro contestó Aquiles, el de los pies ligeros: "Lo sabes. ¿A qué repetirte lo que ya conoces? Fuimos a Tebas, la sagrada ciudad de Eetión; la saqueamos, y el botín que trajimos se lo distribuyeron equitativamente los aqueos, separando

para el Atrida a Criseida, la de las hermosas mejillas. Luego Crises, sacerdote del flechador Apolo, queriendo redimir a su hija, se presentó en las veleras naves con inmenso rescate y las ínfulas del flechador Apolo, que pendían de áureo cetro, en la mano; y suplicó a todos los aqueos y particularmente a los dos atridas, caudillos de pueblos. Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, le mandó enhorramala con amenazador lenguaje. El anciano se fué irritado; y Apolo, accediendo a sus ruegos, pues le era muy querido, tiró a los argivos funesta saeta: morían los hombres unos en pos de otros, y las flechas del dios volaban por todas partes en el vasto campamento de los aqueos. Un sabio adivino nos explicó el vaticinio del Flechador, y yo fuí el primero en aconsejar que se aplacara al dios. El Atrida encendióse en ira y, levantándose, me dirigió una amenaza que ya se ha cumplido. A aquella, los aqueos de ojos vivos la conducen a Crisa en velera nave con presentes para el dios; y la hija de Brises, que los aqueos me dieron, unos heraldos se le han llevado ahora mismo de mi tienda. Tú, si puedes, socorre a tu buen hijo; ve al Olimpo y ruega a Júpiter, si alguna vez llevaste consuelo a su corazón con palabras o con obras. Siéntate junto a él y abraza sus rodillas: quizá decida favorecer a los teucros y acorralar a los aqueos que serán muertos entre las popas, cerca del mar; para que todos disfruten de su rey y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la falta que ha cometido no honrando al mejor de los aqueos”.

De todos estos motivos en que hemos dividido la rapsodia primera,— y caso entre todos los pasajes que forman el poema.—el último, el que se desarrolla en el Olimpo, protagonizado por Tetis, Júpiter y Juno, tiene para nosotros un singular atractivo: el humorismo, esa sutil comicidad con que el viejo Homero, anticipándose a los más modernos y agudos ingenios, satiriza en cabeza de los dioses los menudos problemas de la vida conyugal en sus más mínimos detalles psicológicos:

“Prométemelo claramente—le dice Tetis a Júpiter—asintiendo o negándolo—pues en ti no cabe el temor—para que sepan cuán despreciada soy entre todas las deidades”.

“Funestas acciones!—responde afligidísimo Júpiter, que amontona las nubes. Pues harás que me malquiste con Juno cuando me zahiera con injuriosas palabras. Pero ahora vete, no sea que Juno advierta algo; yo me cuidaré de que esto se cumpla”—“Dijo Saturnio, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento...”

Este secreto temor del dios a los celos de su mujer—y en ello

está lo cómico—contrasta con la arrogancia y presencia de ánimo con que contesta los querellosos cargos que le hace Juno, su mujer:

“¿Cuál de las deidades, oh doloso, ha conversado contigo? Siempre te es grato, cuando estás lejos de mí, pensar y resolver algo clandestinamente, y jamás te has dignado decirme una sola palabra de lo que acuerdas”.

A lo que el dios replica:

“¡Juno! No esperes conocer todas mis decisiones, pues te resultaría difícil aún siendo mi esposa. Lo que pueda decirse, ningún dios ni hombre lo sabrá antes que tú; pero lo que quiero resolver sin contar con los dioses, no lo preguntes ni procures averiguarlo”.

Repuso Juno veneranda, la de los grandes ojos: “¡Terribilísimo Saturnio, qué palabras proferiste! No será mucho lo que te haya preguntado o querido averiguar, puesto que muy tranquilo meditas cuanto te place. Mas ahora, mucho recela mi corazón que te haya seducido Tetis, la de los argentados pies, hija del anciano mar...”

“¡Ah, desdichada!—exclama Júpiter—Siempre sospechas y de tí no me oculto. Nada, empero, podrás conseguir sino alejarte de mi corazón; lo cual todavía te será más duro. Si es cierto lo que sospechas, así debe de serme grato. Pero, siéntate en silencio; obedece mis palabras. No sea que no te valgan cuantos dioses hay en el Olimpo, si acercándome te pongo encima las invietas manos”.

Desde el punto de vista formal y estético, en el presente canto, como en los que componen la totalidad del poema, lo que más nos admira es la belleza de las imágenes y la justeza del adjetivo. Son estos dos elementos los que el artista alterna y combina en triunfal armonía. Mediante el virtual dinamismo de la metáfora, el artista logra la fraternidad esencial de lo existente, de la naturaleza y de la vida, de los seres y de las cosas, de las campiñas y del mar, de los hermosos pinos y de las olas, de la espuma y de la luz. Unos y otros de estos elementos se asocian, se suscitan o se contemplan, triunfando siempre entre ellos la presencia y el torso del hombre y de la belleza humana, para que todo se haga vívido y corpóreo. Por medio del adjetivo, el poeta se hace artífice, y precisa y cincela el contorno acerado y fúlgido de las cosas de su mundo épico, desenvolviendo a veces el nimbo alado, vaporoso—siempre diáfano—de su contorno esencialmente plástico y apolíneo. El casco y el escudo, la lanza y la coraza de los guerreros, se diría que fulgen al impacto del certero adjetivo.

PERCY GIBSON P.